



Philippe Nessmann

BAJO LA ARENA DE EGIPTO

El misterio de Tutankamón



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2005 Éditions Flammarion para el texto
y las ilustraciones

© 2008, Editorial Casals, S.A.

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Título original: *Sous le sable d'Égypte.*

Le mystère de Toutankhamon

Traducción: Manuel Serrat Crespo

Créditos fotográficos del Cuaderno Documental:

Akg-images 16; Getty Images: 1, 2, 3, 6, 15

Getty Images/Time Life Pictures: 14

Rue des Archives: 8, 9

Rue des Archives/The Granger Collection NYC: 12

Ilustraciones del Cuaderno Documental:

Lorette Mayon (páginas 4, 5, 7, 8/9)

Olivier Nadel (páginas 10, 11, 12, 13)

Séptima edición: abril de 2011

ISBN: 978-84-8343-047-7

Depósito legal: M-13.606-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S.L. –Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Donde todo hubiera podido terminar antes incluso de haber empezado

Howard Carter entró en una pequeña estancia obscura. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, descubrió a su alrededor magníficos objetos, estatuas, pequeñas joyas, un puñal con incrustaciones de piedras preciosas.

Tomó una estatuilla de cerámica azul. Era Sekhmet, la diosa con cuerpo de mujer y cabeza de leona. La poderosa Sekhmet, la devoradora de sangre cuyas cóleras se dejaban sentir en todo Egipto, la que propagaba la peste entre los enemigos del orden. Sekhmet, la diosa a quien los sumos sacerdotes intentaban apaciguar, pues aunque matara ciegamente, tenía también el poder de curar.

Carter acarició la cabeza de la leona y la dejó, luego, con delicadeza. Sus grandes manos eran sorprendentemente ágiles. Habríanse dicho las patas de un oso, pesa-



das en apariencia, pero tan diestras para atrapar un salmón. Si Carter hubiera sido un animal, sin duda habría sido un oso. A sus 48 años, tenía un rostro ancho y macizo, una nariz larga, un grueso bigote. Y, en Luxor, vivía en una casa en el lindero del desierto, un antro aislado de todo y de todos.

El egiptólogo observaba los objetos que le rodeaban cuando una puerta oculta se abrió de pronto. Un hombre entró en la oscura estancia.

—Lord Carnarvon va a recibirle... pero... ¡está oscuro aquí! Voy a encender.

El mayordomo encendió el aplique y luego se retiró.

Carter estaba en una pequeña biblioteca con las paredes cubiertas de estantes. Encima, decenas de antigüedades a cual más maravillosa. El arqueólogo las conocía en su mayoría: él mismo las había comprado o descubierto en Egipto por cuenta del rico lord inglés.

«Toc, toc, toc...», Golpeó el cristal de la ventana. Fuera, gruesas nubes se amontonaban en el cielo, anunciando la lluvia. El verano, aquel año de 1922, era desabrido; un tiempo típicamente inglés. Alrededor del castillo, las extensiones de césped estaban verdes y habían sido perfectamente segadas, impecables. Carter imaginó un ejército de jardineros examinando sin cesar, con unas tijeras para las uñas en la mano, la menor brizna de hierba a la que se le ocurriera la descabellada idea de crecer más deprisa que las demás.



La fortuna de lord Carnarvon era inmensa.

El rostro del arqueólogo se obscureció.

Inmensa, pero no ilimitada.

Carter sabía por qué le había citado Carnarvon en su castillo de Highclere. Desde hacía cinco años, el rico aristócrata había financiado importantes excavaciones arqueológicas en Egipto. Sobre el terreno, él, Howard Carter, había dirigido los trabajos. Había rastrellado, cavado, despanzurrado una parte del Valle de los Reyes en busca de la tumba de Tuntankamón. Encontrar aquella tumba era el sueño de su vida, pero un sueño que estaba convirtiéndose en pesadilla: hasta entonces, las excavaciones no habían obtenido nada, cero, ni el menor rastro del faraón.

–Querido amigo –había avisado Carnarvon algunas semanas antes–, debemos rendirnos a la evidencia. Buscábamos una tumba, hemos encontrado un abismo financiero...

Carter golpeó nerviosamente el cristal. Dentro de unos minutos, el aristócrata le anunciaría la definitiva detención de las excavaciones.

El arqueólogo repasó los argumentos que había preparado para convencer al lord de que prosiguiera la búsqueda un año más, el último. Sabía que la tumba estaba allí, enterrada en algún lugar del Valle de los Reyes, al alcance del pico. Y sabía que contenía un fabuloso tesoro. ¿Cómo lo sabía? Eso lo ignoraba...



No creía en los sortilegios, ni en la maldición de las momias, ni en los fantasmas, ni en todas aquellas habladurías de novelistas destinadas a conseguir que los lectores se estremecieran. Pero sentía que, desde siempre, su vida y la de Tutankamón estaban íntimamente vinculadas. A 3200 años de distancia, habían hollado los mismos caminos, bebido de los mismos pozos, visto los mismos paisajes.

¿Una simple casualidad?

A veces, Howard Carter tenía la extraña sensación de que, desde el país de los muertos, el joven faraón pedía su socorro.



Primera parte

Capítulo uno

La ciudad de Atón, hacia 1340 a.JC

La feliz infancia de Tutankatón

El castigo

Una noticia que trastorna una vida

Cuando el disco solar apareció sobre las desérticas montañas del Este, una luz rojiza se derramó sobre la tierra, desde el Oriente hasta el Occidente, rechazando las tinieblas a lo lejos, más allá de las desérticas regiones del Oeste.

Iluminadas por los primeros fulgores del día, las negras aguas del Nilo comenzaron a brillar. El río era ancho, espeso, poderoso, como cada año en la estación de la inundación. Sus aguas cargadas de limo desbordaban por todas partes y cubrían los campos circundantes.

Garzas picabuey, de lomo blanco y copete rojizo, sobrevolaron las inundadas tierras de las que sólo emergían algunos islotes de palmeras, y se posaron luego en aguas poco profundas, buscando lombrices o ranas.

A pocas zancadas de allí, la ciudad de Atón despertaba dulcemente. Edificada sobre un creciente rocoso y eleva-



do, entre un codo del Nilo y las desiertas montañas del Este, la capital egipcia estaba protegida de los furores del río. Sobre los palacios y las casas de ladrillo de barro crudo, sobre los templos de piedra y las calles rectas como cañas flotaba un aroma a pan cocido y cebolla asada.

Detrás de las moradas, algunos servidores se atareaban en las cocinas. Unos amasaban la pasta, la colocaban sobre unas tablas de madera y, luego, la metían en las fauces de los hornos calientes. Otros sacaban agua del pozo. Otros ordeñaban las cabras y se encargaban de los perros y los caballos. Las gallinas picoteaban los granos de trigo caídos de los silos.

En sus aposentos, los altos funcionarios se preparaban para el aniversario de los diez años de reinado del faraón ungiéndose el cuerpo con aceites olorosos. Unas sirvientas disponían el desayuno en la sala de estar, cuyo elevado techo estaba sostenido por columnas decoradas con plantas y animales pintados. Los primeros rumores de la calle penetraban por las altas ventanas, tamizados por finos barrotes de piedra.

Fuera o no día de fiesta, los comerciantes abrían sus tiendas, disponían los botes y las jarras de terracota, colgaban coloreadas alfombras en los escaparates, sin dejar de pinchar al mercader de al lado: «¡Eh! ¡Seneb! ¡Ni un ciego se sentaría en tus alfombras! Son demasiado feas...». Luego cada cual se sentaba en su taburete; la jornada iba a ser larga.



A la hora tercia del día, cuando una densa multitud llenaba las calles caldeadas por el sol, un clamor se elevó sobre la ciudad. Acudieron unos niños:

–¡Ya llegan!...

Guardias provistos de palos hechos de caña separaron a la multitud y, luego, sonaron unas trompetas. Los mercaderes subieron a sus taburetes para ver la llegada del cortejo.

Dos espléndidos caballos blancos tiraban de un carro chapado con electro. De pie, encima, el faraón Akenatón llevaba un taparrabos de lino blanco, un ancho collar de oro y la majestuosa doble corona de Egipto. Su alargado rostro era fácilmente reconocible: se parecía como un gemelo a las estatuas de piedra que adornaban la ciudad de Atón. Con sus largos y flacos brazos, rodeaba tiernamente a la reina Nefertiti.

–Nefertiti la del buen nombre –soltó un mercader en equilibrio sobre su taburete–. Nefertiti, «la hermosa ha llegado».

En los siguientes carros iban algunos personajes que los pasmarotes no conocían, sin duda miembros de la familia real o importantes visires. Trotando junto a los caballos, algunos músicos golpeaban sus tamboriles, algunos acróbatas efectuaban sus piruetas y a los altos funcionarios, jadeantes y relucientes, les costaba seguir el cortejo.

–¡Las princesas! –exclamó un espectador.

Las tres hijas mayores de Akenatón y Nefertiti se apretujaban en el cuarto carro. Tenían entre 4 y 6 años, y lle-



vaban pequeñas faldas plisadas de lino blanco. Un cuarto chiquillo, que no era hijo de la pareja real, las acompañaba. Tenía tres años y sonreía mostrando los dientes, del todo desnudo. Un muchacho.

–Bueno, Tutankatón –le había preguntado su nodriza aquella misma mañana–, ¿por qué sonríes así desde hace dos días? ¿Es la fiesta de jubileo del faraón lo que te hace feliz?

Pero el muchachito no había querido responder.

De pie en su carro, con los ojos negros abiertos de par en par, devoraba cada detalle del desfile, las trompetas de cobre, los caballos bellamente enjaezados, los severos guardias y los espectadores llenos de júbilo, las cabezas de algunos hombres que, como por arte de magia, sobresalían por encima de la multitud gracias a un taburete, los coloreados tapices y las casas de ladrillo de barro crudo que se sucedían a la velocidad de un caballo al paso.

El cortejo recorrió una gran avenida, pasó bajo el puente que unía el palacio real con los aposentos del faraón y se detuvo ante las dos torres de entrada del gran templo de Atón. Akenatón y Nefertiti bajaron de su carro y penetraron en el templo, seguidos por sus tres hijas y por el pequeño Tutankatón, aún desnudo y sonriente. Varias veces, el muchachito se dio la vuelta para ver tras él a la gente. No conocía a nadie. Sí, a dos: el divino padre Ay con su agradable cara de abuelo, que era el padre de la reina, y Smenker, que era el hermano del rey.

